

## ANTROPOLOGÍA DEL DEPORTE Y DEL OCIO<sup>1</sup>

por VINCENZO PADIGLIONE

*«It's the difference of opinions that makes horse races.»*

MARK TWAIN,  
*The Tragedy of Pudd'nehead Wilson, 1894*

Islas de festividad, los deportes parecen asumir, en la sociedad postindustrial, el deber estratégico de ofrecer una estructura lúdica que conecte parte del yo y de lo social, así como también de presentar un comentario expresivo de los valores y las contradicciones de la cultura pluralista. Esta hipótesis favorece una interpretación antropológica del deporte contemporáneo como un *fenómeno social total*, capaz, por un lado, de convocar la globalidad del sujeto en sus diversos niveles de consciencia y expresión y, por otro, de obtener de los núcleos de ritualidad una trama cada vez más amplia de interrelaciones entre ambientes diversos y heterogéneos de lo social. Al mostrar una pluralidad de manifestaciones corporales, una dramaturgia de pasiones articuladas, un repertorio de estilos de carácter y de modelos cognitivos, todos potencialmente legítimos, el deporte pone al descubierto el abanico de las diferencias y las posibilidades, abiertas a la desmesura en la sociedad contemporánea.

### Introducción

El contexto que permitía reconocer en el tiempo libre un área de experiencia subalterna y residual parece haber cambiado radicalmente en la sociedad posmoderna. No sólo se han restado gran cantidad de horas al trabajo, sino que su misma centralidad ha sido puesta, de alguna manera, en entredicho. La economía ha otorgado una relevancia creciente a la esfera del consumo y de los servicios, convirtiendo en obsoleta la clásica distinción entre actividades productivas e improductivas. El sector económico dominante ya no se puede identificar, como en el pasado reciente, con la fabricación y transformación de los bienes materiales, sino con la producción de ideas y el abastecimiento de servicios a los más diversos niveles: transportes, comercio, finanzas, seguros, salud, investigación, cultura, *loisirs*. Un sistema así necesita, como recursos fundamentales, no tan sólo materias primas, fuentes de energía, y medios de producción; precisa, sobre

1. Traducido del original italiano por Juan M. García Jorba. Para la versión española de este artículo se ha hecho uso de dos traducciones al catalán, obra de Carles Feixa —una de ellas publicada en el n.º 7 (1994) de los *Quaderns de l'ICA*—, así como de una primera versión en italiano que fue incluida en el material de trabajo del *III Col·loqui de l'ICA* (1988). (*N. del t.*)

todo, de inteligencia y creatividad para la manipulación de informaciones (De Masi, 1985), cualidades que parecen reclamar mentalidades y ambientes lúdicos (como, por ejemplo, los *war games*, los juegos de simulación mediante informática, y similares).

Al mismo tiempo, en la esfera de la cultura, y en estrecha relación con esta tendencia económica, la ética del trabajo y del sacrificio, que había marcado de forma determinante la generación de nuestros padres, se disipa definitivamente. Emerge una neta propensión a buscar, por parte de estratos cada vez más amplios de la población, espacios de autorrealización en los *loisirs*. Estas actividades, notablemente incrementadas en cantidad y calidad, configuran hoy un contexto de experiencias personales y de relaciones sociales a las que uno no renuncia fácilmente, hasta el extremo de que no se pueden convertir en algo distinto ni son negociables en los contratos de trabajo. De esta manera, la categoría sociológica de *tiempo libre*, que en realidad nunca había convencido por entero a los antropólogos, parece ser hoy totalmente inadecuada para explicar un contexto en el que se atribuye a los *loisirs* una centralidad inédita en la producción y reproducción de la sociedad y la cultura. Podríamos llegar a afirmar, si hemos de dar crédito al interés y a las emociones que se manifiestan, que es en aquellos momentos y en aquellas relaciones donde se fragua el cemento que mantiene unidas las identidades, como si una estructura lúdica fuera capaz de conectar ámbitos personales y sociales que, de otra manera, aparecerían desligados.

Es evidente que esta hipótesis aproxima la fenomenología actual a aquel tipo de experiencias comunitarias que los antropólogos conocemos bien bajo el nombre de fiesta (Lanternari, 1976; Jessi, 1977; Padiglione, 1984a). Esto hace más factible nuestra intervención, aunque la exponga a los riesgos de extrapolación y de generalizaciones arbitrarias. Con el fin de evitar este peligro, no hay más solución que investigar en detalle el sentido específico que presentan hoy los *loisirs*, y, de entre todos ellos, el deporte, que me parece el contexto más complejo y emblemático. Tal orientación debe seguirse sin subalternidad respecto a las categorías sociológicas, pero comprometiendo plenamente los recursos cognitivos e, incluso, las sensibilidades emotivas de nuestro oficio de antropólogos.

### **Tramas contradictorias**

Al aproximar el análisis a un fenómeno, como el deporte, que ha alcanzado dimensiones planetarias y ha conquistado una incisiva y estable presencia en nuestra vida cotidiana, uno advierte un fuerte sentimiento de insuficiencia, como si las mismas categorías analíticas se revelasen a modo de instrumentos mágicos para un exorcismo obligado y la tarea interpretativa quedase reducida nada más que a una práctica tranquilizadora. Es necesario, de hecho, admitir una manifiesta y generalizada impotencia de las sociedades contemporáneas para dar un significado unitario a uno de sus rasgos más relevantes y peculiares, como es el deporte, hasta el extremo de que uno pueda comprender que un estudio americano lo defina como «*el fenómeno más discutido y menos comprendido de nuestro tiempo*». Tenemos delante un contexto *sui generis*, dotado de una irresistible capacidad de penetración cultural y dilatación social. Ecléctico y poliédrico en su fenomenología, el deporte presenta una gran variedad de comportamientos, un repertorio de marcos cognitivos, una gama abigarrada y contradictoria de valores, una gran riqueza de modelos expresivos. Cada definición aparece, entonces, totalmente reductiva; cada intento de acotación, fatalmente destinado al fracaso.

Hijo de la sociedad anglosajona, el deporte moderno se emancipó precozmente superando las estrechas barreras de aquel particularismo cultural. Ha sabido sacarse ágilmente de

encima la connotación originaria, aristocrática por un lado y popular por el otro, colonizando estratos sociales cada vez más amplios. Tampoco ha tenido problemas para liberarse de la jaula ideológica que el liberalismo, el fascismo, el nazismo, y la doctrina socialista de los países del Este, habían dispuesto para uniformarlo y sacar de él ventajas nada ambiguas (Hoberman, 1984). Su misma matriz lúdica no parece del todo adecuada para definirlo. De hecho, en tanto que acto gratuito e improductivo, es muy pintoresco: presenta, en la actualidad, un entramado económico que no tiene equivalencia con ninguna industria multinacional. Por ser un fenómeno de exaltación y valoración de los recursos naturales del ser humano, concentra los esfuerzos más audaces de experimentación y manipulación cultural. En calidad de mecanismo de pacificación social, suscita al menos tantas tensiones como virtualmente apacigua: frente a nuestros ojos, se han desarrollado tragedias colectivas e individuales imputables al deporte. Finalmente, en tanto que instrumento de diálogo entre los pueblos, representa el único ámbito hoy existente donde las banderas nacionales pueden blandirse agresivamente.

Ante este panorama, liberador e inquietante a un tiempo, me parece inútil separar, tal como nos han habituado a hacer los moralistas y estudiosos, al aficionado del profesional, al practicante del observador, al campeón drogado del verdadero deportista; a distinguir el juego del espectáculo, el deporte del negocio, el pasatiempo educativo de la búsqueda a cualquier precio del récord, la pasión auténtica de las instrumentalizaciones políticas, el placer lúdico de la mueca competitiva, las reglas del juego del gigantismo de su burocracia, el *fair play* agonístico de la locura homicida de los *supporters*... El deporte moderno forma parte, en su totalidad, de este entramado escandaloso y efervescente, de este sistema dinámico de oposiciones. Los antropólogos no deberían sorprenderse. Saben que las contaminaciones, gestionadas con la debida formalidad, constituyen preciosos recursos para la cultura (Douglas, 1973).

En relación a otros estudiosos, los antropólogos somos los últimos en insertarnos orgánicamente en el mundo del deporte. Hemos sido llamados por una demanda no siempre clara y explícita, pero que presenta hoy los caracteres de una invocación de ayuda para socorrer el sentido de la realidad, que ha naufragado en las experiencias fragmentarias, en el gigantismo, asumido por lo efímero, en tantas charlas de deportistas y periodistas, en búsquedas especializadas y sectoriales. El deporte moderno, nacido bajo el férreo control de una generación de ingenieros sociales, entre quienes destaca De Coubertin, constituye hoy una criatura monstruosa que no sólo ha vencido holgadamente a todos sus opositores (sean moralistas burgueses o intelectuales de izquierda), sino que también ha demolido los márgenes inicialmente establecidos para contenerlo. Precisamente en la medida en que ha crecido en alteridad y sacralidad, se nos convoca a los antropólogos, acostumbrados, a partir del encuentro con las culturas exóticas, a dominar complejos sociales extraños, aparentemente inútiles, pero de alguna manera fundamentales; irracionales y sensatos al mismo tiempo.

### **Tendencias evolutivas**

Se pide al antropólogo que ofrezca, sobre todo, panorámicas comparativas que permitan mostrar cómo se diferencian, en este ámbito, las sociedades humanas, y cuáles han sido sus tendencias evolutivas. Esta perspectiva puede ser de gran importancia y utilidad si no se pierde de vista el significado específico que, en el seno de nuestra sociedad, el deporte construye en sus relaciones con las otras instituciones y con la cultura en general. Me siento en la obligación de hacer esta precisión porque recientes elaboraciones comparativas me han dejado algunas

dudas. Por ejemplo, Alex Guttman, un historiador norteamericano de evidente formación antropológica, ha descrito la evolución experimentada por el deporte en el paso de las sociedades arcaicas y primitivas a la realidad occidental contemporánea. En su obra *From ritual to record* (1978), distingue la progresiva afirmación de las siguientes tendencias: secularización, igualdad, especialización, racionalización, burocratización, cuantificación, y récord. Será oportuno dedicar unas cuantas líneas a este autor para precisar el sentido de tales términos.

Guttman pone de relieve, en primer lugar, el progresivo afianzamiento de la *secularización*, que ha sustraído juegos y competiciones del profundo vínculo que mantenían con las creencias y prácticas religiosas. Correr, saltar, lanzar objetos, luchar, como también jugar a pelota, se daban con frecuencia en el seno de ceremonias religiosas, donde asumían el valor de prácticas mágicas. En la actualidad habrían perdido cualquier referencia a un contexto de sacralidad y de trascendencia. «*Han pasado a ser actividades a realizar, en parte, por objetivos intrínsecos, y en parte, por finalidades que parecen igualmente profanas. Nosotros no corremos para que la tierra llegue a ser más fértil*» (Guttman, 1978:26). Al mismo tiempo, se sostiene el principio de la *igualdad*: cada uno ha de tener la oportunidad de tomar parte en el juego, y las condiciones de la competición han de ser las mismas para todos. Las sociedades tradicionales, en cambio, raramente se preocupan de verificar si los participantes tienen edades diversas, si los equipos están compuestos por un número de jugadores igual, o si un peso diferente distingue a dos luchadores. En los juegos rituales era frecuente que el parentesco u otros roles adscritos aportasen los criterios de división entre los contendientes. En las sociedades antiguas, mujeres, esclavos, y otros individuos que se hallaban en condiciones de inferioridad o marginalidad, estaban excluidos.

Otra tendencia que Guttman ve en el deporte moderno es la *especialización* de las formas de competición, de las reglas, y de los roles atribuidos a los jugadores. Evidentemente, en sociedades caracterizadas por una menor complejidad social y por un bajo nivel demográfico, un mismo individuo toma parte en juegos diferentes y el número de las competiciones a disposición se presenta restringido. El deporte practicado hoy en día, incluso a niveles no profesionales, requiere de entornos de juego escogidos a propósito y preparados, así como de cuerpos especializados para los atletas. En estrecha relación con la anterior, se da una tendencia hacia la *racionalización*, que hace que los medios a utilizar para conseguir ciertos objetivos sean objeto de análisis sistemáticos y aparezcan como el resultado de atentas experimentaciones. La investigación científica, especialmente la biomédica, es hoy ampliamente utilizada en el deporte, hasta el extremo de que se puede hablar, en el caso de muchos juegos modernos —como por ejemplo el baloncesto—, de invenciones conscientes que representan «*el triunfo de la racionalidad lúdica*» (Guttman, 1978:41).

Para Guttman, la *burocratización* también constituye un punto de ruptura entre las sociedades tradicionales y la realidad occidental contemporánea. Es cierto que los rudimentos de este desarrollo pueden identificarse incluso en la Roma antigua, pero sólo recientemente podemos observar una compleja organización del deporte compuesta por federaciones, ligas, asociaciones de aficionados, sindicatos de jugadores, personal médico, dirigentes deportivos, árbitros, funcionarios, y demás. La última característica, siempre según el esquema de Guttman, proviene de la introducción de sistemas de *medida* cada vez más precisos. También algunas poblaciones primitivas recurren a puntuaciones para asignar las victorias, pero los deportes modernos se distinguirían por la innegable tendencia a transformar cada proeza atlética en una marca que puede ser medida. La cuantificación del deporte, en forma de tablas numéricas y cálculos estadísticos, convierte en imperiosa la conquista del récord, una abstrac-

ción moderna que estimula y permite la competición entre personas distantes en el espacio y el tiempo.

Este escenario evolutivo planteado por Guttmann es compartido en gran medida por Kendall Blanchard y Alyce Cheska (1985), a quienes debemos una reciente y detallada introducción a la antropología del deporte. Estos estudiosos también incluyen en el esquema otras tendencias evolutivas: la implicación en la escena deportiva de personas que ya no tienen vínculos únicamente a nivel de grupo primario; la ampliación del número, hoy casi infinito, de las competiciones posibles; el incremento de tecnología; y, finalmente, la función adaptativa o el significado ecológico, menos evidente en los deportes modernos respecto de los practicados en las denominadas sociedades primitivas. El panorama evolutivo propuesto por estos autores incluye muchas informaciones útiles y, ciertamente, tiene el mérito de mostrarnos cómo el fenómeno deportivo está estrechamente vinculado a la realidad social y cultural, hasta el punto de transformarse con ella. Si bien el esquema consigue poner de manifiesto importantes cambios, la operación a la que se prestan los autores llega a ser simplificadora. En el fondo, aquello que se subraya es la evolución que otras instituciones, de la medicina a la política, han experimentado con el paso a la modernidad. De todos modos, los autores no consiguen hacer surgir la peculiaridad del deporte respecto de otras instituciones modernas, con lo que se pierde de vista el significado específico de este grandioso fenómeno contemporáneo.

Es verdad que el deporte se ha secularizado, pero si lo comparamos con otras instituciones de la modernidad resulta ser, precisamente, la que mantiene viva una mayor tensión mágico-religiosa (Veblen, 1979). Hacer el signo de la cruz, como acto de confianza en una potencia superior, constituye una práctica corriente entre los jugadores. En la prensa deportiva aparecen con abundancia términos de matriz religiosa (carisma, fe, mito, purificación, salvador, inmolación, sacrificio, prodigio, trascendental, diabólico, alucinante, legendario, sobrehumano...<sup>2</sup> Prácticas supersticiosas, que serían condenadas en cualquier otro ambiente, se manifiestan de manera explícita entre jugadores, atletas, entrenadores, y directivos. Según una investigación que estoy llevando a cabo, el aficionado presente en un partido cree en la omnipotencia de su pensamiento: se presenta en el estadio con el mismo atuendo y con el mismo grupo de amigos, y ocupa el mismo lugar que ocupó en una jornada afortunada para su equipo. De esta forma, piensa poder influir con su comportamiento en el resultado del encuentro. Hasta hace pocos años, el Nápoles, equipo de fútbol, podía valerse de un *tifoso* llamado *occhio pesante* (ojo pesado), que era respetado por todos y muy solicitado en cada partido de fútbol. Su ojo tenía el poder de modificar la trayectoria del balón. Se le consideraba tan capaz de alejar la pelota de la portería napolitana, como de dirigirla hacia la adversaria.

Hay casos particularmente emblemáticos. La Lazio, equipo de fútbol que con la Roma divide a los *tifosi* de la capital, ha conseguido este año, al final de un difícil campeonato en Segunda División, el acceso a la máxima categoría. Como consecuencia de tal logro podrá enfrentarse con los equipos italianos más fuertes, entre los que se encuentra su eterno rival. Este hecho, tan esperado y deseado por jugadores y directivos de la Lazio, había sido oportunamente propiciado no sólo con el buen juego en el campo, sino también con la promesa del voto colectivo, hecho en la intimidad del vestuario: si se conseguía el retorno a la Primera División, irían en bicicleta desde Roma al monte Terminillo (más de 90 kilómetros de comprometida subida). Es más, el año anterior ya habían hecho y expiado un voto similar (ir en peregrinación a la Madonna del Divino Amore) por haber logrado la permanencia en

2. Cfr. Bascetta, 1962:114-121.

Segunda División. Este año también se han sentido satisfechos y, así, el 22 de junio, han querido —jugadores y entrenadores— tener fe en el voto, siendo acogidos en la carretera por una hilera de *tifosi* conmovidos. Imagino que estos comportamientos no deben ser tan infrecuentes, al menos en el ambiente deportivo italiano, si uno piensa que una promesa análoga fue mantenida el año pasado por otro equipo de fútbol, el Ascoli.

### Hecho social total

No conviene, pues, generalizar. Episodios parecidos, aceptados sin ninguna muestra de sorpresa por el mundo de los deportistas, periodistas incluidos, testifican que, en este ambiente, la supremacía de la secularización, que domina de forma ostensible otros sectores sociales y culturales, encuentra límites para difundirse. Es más, incluso podríamos afirmar que da con tenaces resistencias, hasta el extremo de permitir suponer que actitudes mágico-religiosas encuentran hoy forma de explicitarse, a la luz del sol y de forma privilegiada en un sentido amplio, en la aventura, el riesgo, el contacto con la naturaleza y, por tanto, en contextos deportivos. Se trata, sin embargo, de un sentimiento religioso moderadamente entendido que deja muchos espacios a la gestión individual. Pero la idea de un deporte secularizado contrasta también con la evidencia de la recuperación y la valoración del rito. Es un hecho indudable que la sociedad moderna ha diluido gran parte de las prácticas rituales hasta un extremo tal, que la misma idea de rito se asocia desde hace tiempo a comportamientos neuróticos de naturaleza obsesiva. La decadencia de lo ceremonial en tantos ámbitos de la vida social hace resaltar más su recuperación magnificada en el contexto deportivo.

En este campo se puede identificar la indispensable presencia de custodios de la tradición y la formalidad, la fácil localización de los espacios sagrados y prohibidos, el aislamiento de los protagonistas, la gestión ceremonial de preparativos, esperas, y pausas, la orquestación nunca modesta de los inicios, la sucesión estandarizada de las fases, la provocación consciente de momentos liminares con las miradas concentradas y las emociones transparentes, la apoteosis de las clausuras. Todos estos elementos hacen recordar a los antropólogos las características del ritual. Y, al igual que en cualquier otra área, también en el deporte surge, desde el núcleo ritual y su entorno, una red de estrechas conexiones que afectan espacios heterogéneos de lo social, diversos entre sí. Tal vez la categoría que mejor se presta a representar este hacerse sociedad por parte del rito es la que elaboró Marcel Mauss (1979) en su estudio sobre el don y la reciprocidad ritual en las sociedades primitivas. Este autor define como «*hechos sociales totales*» a aquellos «*que ponen en movimiento la totalidad de la sociedad y de sus instituciones*», configurándose y funcionando como «*sistemas sociales completos*».

Esta categoría parece corresponder perfectamente a la fenomenología del deporte actual. Los estadios aparecen, a la vez, como lugares de encuentro de variada humanidad y como espacios de confluencia en diversas modalidades de lo social. Aspectos discontinuos llegan a convivir de manera estable en el seno de este *fenómeno social total*, que se enriquece de forma incesante por intereses económicos y políticos, por nexos morales, estéticos, jurídicos, y biopsíquicos. Si por un lado aparecen abusos y contaminaciones, por otro estos nexos potencian el acontecimiento deportivo, lo convierten en catalizador de la atención colectiva. La categoría de «*hecho social total*» sugiere la imagen del deporte como un acontecimiento capaz de conectar dimensiones y elementos muy heterogéneos entre sí. Esta imagen ofrece la posibilidad de un examen del deporte desde una perspectiva macrosocial, como una institución

que vive de las interconexiones que realiza, a niveles diversos, con las prácticas sociales. Esto supone introducir, de forma enmascarada, regulada, y controlada, el mundo más amplio en el seno de una situación específica. Ahora bien, esta capacidad de producir mezclas e interconexiones significativas deriva de la gran relevancia que en el deporte presenta la dimensión ritual. Es precisamente la ritualidad, como bien sabe el antropólogo, el instrumento principal para realizar la mezcla de elementos contradictorios —sagrados y profanos—, para transformar oposiciones en identificaciones. El ritual, precisamente en tanto que comportamiento altamente formalizado, permite unir aquello que la vida ordinaria separa, y exhibir aquel negativo existencial que la cultura no tolera y expulsa de su propia imagen.

Los conflictos y tensiones pueden manifestarse mediante respuestas vitalistas o negativas sólo a condición de asumir una existencia virtual, *sui generis*, traspuesta del plano real que los ha originado. Esto significa que el deber fundamental de cada ritual es la producción de un mundo artificial, metáfora simplificada de lo real. En las competiciones deportivas no existe una transparencia absoluta de los conflictos de clase, generacionales, y sexuales; sólo es posible entreverlos, confusos entre indicios de otras múltiples tensiones, a partir de sus señales relevantes. El todo transfigurado queda simplificado en oposiciones, al tiempo circunscritas y simbólicas. Afirmar la naturaleza social *sui generis* del deporte tiene el valor de reconocer, en aquél, el potencial de agregar fuertes emociones, de producir sentido y unificación de las experiencias a través de una continua mezcla de niveles diferenciados e indiferenciados del ser; esto es, mediante construcciones y reconstrucciones de estructuras cognitivas fundamentales de la experiencia.

### Rito y deporte

Y es precisamente sobre este aspecto donde me parece oportuno poner de relieve la peculiaridad fundamental del deporte moderno. Lévi-Strauss, en uno de los capítulos de *El pensamiento salvaje* (1984), ha subrayado el hecho de que en gran parte de las competiciones rituales presentes en las sociedades tradicionales se lleva a cabo «una partida privilegiada», en el sentido de que se da por descontado quién ha de vencer.<sup>3</sup> Dos ejemplos extraídos del folklore italiano aclararán este aspecto. En Gubbio, en la Umbría, cada año se desarrolla la tradicional *corsa dei ceri*. Los *ceri* son emblemas de diversos santos, constituidos por enormes baldaquines que los hombres cargan sobre su espalda. En una extenuante competición en ascenso, se enfrentan varias corporaciones ciudadanas. El vencedor es siempre Sant'Ubaldo, en cuyo honor se realiza la fiesta. Con todo, los espectadores mantienen igualmente el aliento en suspenso: ¿conseguirán los *muratori*, a los que espera el honor de llevar el *cero* de Sant'Ubaldo, mantener las otras corporaciones a suficiente distancia?

En *l'ardìa* de Sedilo, en Cerdeña, muchos jinetes compiten en una carrera desenfrenada, pero es siempre el Capitán, designado aquel año para llevar el estandarte de San Constantino, quien ha de pasar primero bajo el estrecho arco que da acceso a la iglesia. Carnavales y corridas de toros presentan, en el fondo, las mismas secuencias. La contraposición ha de dar un resultado en cierta forma previsto: el carnestolendas será quemado y el toro morirá. La comunidad que participa en estas fiestas aparece inicialmente disgregada, dividida en facciones. El ceremonial permite expresar estas tensiones en el encuentro, pero después, prefigurando un resultado privilegiado, hace reencontrar la unidad y comunión a los participantes.

3. Cfr. Lévi-Strauss, 1984:55-56.

Sin embargo, el panorama del deporte se presenta trastornado. La igualdad formal o la comunión de los contendientes se da por supuesta al inicio. A partir de aquel momento, tiene lugar un desarrollo mutable y casual del juego que lleva a un resultado imprevisible. Mientras el rito tradicional es *conjuntivo*, en el sentido en que supera la asimetría inicial, el deporte, según Lévi-Strauss, sería *disyuntivo* porque presupone un nivel de igualdad formal e ideal al inicio, pero que después produce asimetría. Si bien creo que esta radical contraposición puede ser atenuada, me parece evidente, de todos modos, que la ausencia de una *partida privilegiada*, de un resultado de alguna manera previsto y querido por toda la colectividad, constituye un factor distintivo de la característica modernidad del deporte. Llegados aquí puede comprenderse la crisis de una visión unitaria, la decadencia de una cultura totalizante que ordena y ofrece sentido compartido a los individuos. La sociedad pluralista en la que vivimos presupone, como el deporte, un nivel de igualdad formal entre los sujetos, pero después los deja faltos de orientaciones comunes, de logros generales, de concepciones trascendentes.

En las comunidades tradicionales, el sentido de las cosas estaba preconstituido, en tanto que ofrecido por la cultura como un conjunto estructurado de modelos de pensar, sentir, y actuar (de aquí proviene la gran relevancia de este concepto para los antropólogos). En la sociedad moderna, en cambio, parece ser la acción social la que deviene sistemática y sistematizante respecto a una cultura bazar, mera reserva de artículos sin conexiones. Todo esto aparece emblemáticamente representado en el deporte moderno que, sin prefigurar un resultado determinado, una *partida privilegiada*, deja a la acción, de desenlace siempre incierto, la responsabilidad de dar sentido temporal a una realidad que permanece polisémica por su misma naturaleza, capaz de suscitar en los participantes visiones contrapuestas, interpretaciones, cuando menos, diversas.

## Evocar la complejidad

Críticos y defensores del deporte quieren reducir el significado de esta experiencia a valores unívocos y seguros. No obstante, tengo la firme convicción de que el deporte debe gran parte de su éxito a la capacidad simbólica de representar la tensión entre la unidad y lo múltiple, el orden y el caos, la interpretación compartida y el rumor polisémico. El rito ofrece a esta tensión la posibilidad de expresarse sin llegar nunca a resolverse, como sucedía en las sociedades tradicionales. Otorga una forma dramatizada y expresiva que llega a constituir, para los sujetos, ocasión privilegiada de reflexión sobre su cultura. En el mundo intelectual, está notablemente difundida la opinión según la cual el deporte provoca un debilitamiento de la consciencia, una inercia reflexiva, un decaimiento de la capacidad de razonar sobre la realidad social. Sin embargo, investigaciones llevadas a cabo por sociólogos demuestran cómo, de hecho, hay una correlación positiva entre compromiso deportivo y militancia política, participación activa en la realidad social. Pero existe otra vía para desmentir el sentido común de quienes creen que sólo una razón analítica, un saber racional, puede aportar conocimiento, reflexiones sobre el mundo.

Marcel Mauss (1979) afirma que, en los *fenómenos sociales totales*, los hombres adquieren conciencia de sí mismos y de su situación respecto a los otros. Gregory Bateson (1972) sostiene que el juego y el ritual son formas en las que se instauran y exploran relaciones. Victor Turner (1982) subraya que el ritual, especialmente en las fases liminares, lleva a cabo una descomposición de la cultura en sus factores constitutivos y una recomposición libre y lúdica de los mismos. Mary Douglas (1975) ve en el ritual una forma de jugar con las formas



sociales. Clifford Geertz (1990) ha documentado, de forma ejemplar, cómo una lucha entre gallos puede constituir una historia que la comunidad balinesa se cuenta a sí misma, un comentario expresivo de las relaciones sociales y de la cultura. De la antropología simbólica provienen continuos retos para captar, en el rito, una actividad intelectual, una efervescencia cognitiva que, en general, el sentido común y, sobre todo, intelectual, recluso en el mito de la racionalidad, niega decididamente.

El deporte pone en escena, al mismo tiempo, una dramaturgia de las pasiones esenciales, un repertorio de estilos de carácter, una representación de modelos interpretativos. En el rostro del atleta podemos reconocer el miedo, la concentración, la alegría, el dolor, la rabia. Emociones necesarias, todas ellas, en su contexto de producción. Los jugadores exhiben caracteres diversos, todos potencialmente idóneos: existe el eficaz y el estilista, el frío y el emotivo, el generoso y el egoísta, el correcto y el desleal, el fantasioso innovador y el ejecutor repetitivo. Según las relaciones y el momento, cada uno de ellos podrá resultar adecuado e indispensable. Pero sobre la escena deportiva se confrontan valores y modelos interpretativos opuestos sin que nunca se llegue a una resolución definitiva. En el deporte se puede ver una naturaleza humana encaminada hacia un progreso ilimitado (el récord), o bien constatar los continuos límites con que se encuentra. Se puede atribuir el éxito deportivo a la cultura, a la educación, al entrenamiento, o bien al patrimonio genético, a la raza, a la naturaleza. Se puede ver en el deporte sólo el conflicto o sólo la solidaridad, la voluntad individual de potencia o la necesidad de socialidad, el *show* meritocrático o el juego de la fortuna, el vitalismo que los regenera o bien el inútil dispendio de energía, la construcción de una realidad en último término racional o un crisol de ilusiones irracionales, la representación de una utopía (al final siempre vencen los mejores) o de una tragedia (siempre hay alguien que pierde).

Éste y otros modelos interpretativos no dividen el mundo deportivo en grupos contrapuestos, sino que forman parte del imaginario común. A ellos aluden constantemente jugadores y público. Están todos juntos en nuestra cabeza, a disposición para ser empleados en otorgar sentido a las variadas situaciones que la efervescencia deportiva crea continuamente. El imaginario deportivo posibilita la reflexión sobre los fundamentos de la cultura contemporánea cuando abre interrogantes acerca de los límites del progreso, acerca de la fragilidad de lo real, de las insuficiencias de la racionalidad y la especialización, de las restricciones del nacionalismo y, de forma paralela, también acerca de la imposibilidad de perder las raíces de una pertenencia local. Si cada victoria es, al mismo tiempo, una tragedia, y ambas son visibles a la vez en el contexto deportivo, evidentemente la reflexión que induce el deporte, mediante el espectáculo del dolor, de la derrota, de la gloria momentánea, afecta, sin resolverlos, problemas de fondo de nuestra existencia.

Así pues, el deporte constituye un comentario continuo de la vida y la experiencia cotidiana porque tiene la capacidad de producir uniformidades (reglas que homologan) y diferencias (estilos, caracteres, emociones, interpretaciones) en el seno de marcos definidos. De esta forma, permite representar de manera concreta y sintética, y por tanto inteligible, el vertiginoso crisol de la cultura contemporánea, que ha abierto sin medida el espectro de las posibilidades y de las diversidades. Asimismo, posibilita la representación de la lógica segmentaria de una sociedad neocorporativa que ya no se caracteriza por alianzas y contraposiciones sociales limpias, sino que está regulada por una conflictividad difusa que opone sobre algunos planos, y reconcilia sobre otros, a individuos y grupos de intereses diversos (de forma análoga a cuanto acontece con los futbolistas profesionales, que cambian de camiseta y equipo según el tipo de competición —nacional, internacional, de beneficencia— sin encontrar extraño el tener que jugar contra los antiguos compañeros).

El éxito del deporte parece residir en su capacidad de evocar la complejidad de lo existente en toda la efervescencia cognitiva que alimenta, en toda ambivalencia emotiva que suscita, en toda la movilidad estratégica de lo social que requiere. Exponerse, como practicante o como observador, a las actividades deportivas, supone para el sujeto sintonizar con el espíritu del tiempo.

## Conclusiones

La antropología del deporte ha devenido hoy un sector relevante dentro de las orientaciones antropológicas. Cabe decir que las instituciones culturales de las sociedades deportivas se están sensibilizando y, después de años de total indiferencia, llaman a antropólogos para confiarles investigaciones o, simplemente, para hacerles partícipes en congresos. De forma explícita, se reconoce a los antropólogos un ámbito diferente del que ocupan los sociólogos; en particular, el estudio de los valores y de los modelos culturales y la comparación intercultural. Pero, por lo general, los problemas que se nos plantean son de índole muy práctica y, con frecuencia, provienen del hecho de que algunas federaciones deportivas ven disminuir las vocaciones a causa del cambio social y cultural (por ejemplo, el boxeo), o bien se verifican imprevistos abandonos de atletas (es el caso de muchas chicas) con la consiguiente pérdida de inversiones.

Por otra parte, me parece oportuno precisar que los deportistas parecen poco propensos a reflexionar sobre su realidad a través de un código, al tiempo analítico y metafórico, tan frecuente en el modo de razonar de los antropólogos. Los estudiosos que orbitan en torno al mundo del deporte, los asesores de las federaciones, son prevalentemente biólogos, médicos, y psicólogos conductistas, portadores de una visión factual y positivista de la *performance* deportiva, así como de la realidad social. Y los mismos sociólogos, a quienes se encargan investigaciones, usan aproximaciones cuantitativas, muy apreciadas en el ámbito deportivo, porque están en sintonía con el ideal de la medida a cualquier coste.

Hoy, de todos modos, la realidad del deporte no está sólo fuera de nosotros. También se halla presente, de forma intrincada, dentro de nuestra subjetividad. Y los antropólogos, que desde siempre han demostrado formidables capacidades miméticas, sabrán encontrar las formas idóneas para desarrollar un diálogo con los deportistas que sea útil para ambos.

## Bibliografía

- Bascetta, C. (1962), *Il linguaggio sportivo contemporaneo*, Florencia, Sansoni.  
 Bateson, G. (1972), *Steps to an Ecology of Mind*, Nueva York, Clanddler.  
 Blanchard, K. y Cheska, A. (1986), *Antropología del deporte*, Barcelona, Bellaterra.  
 De Masi, D. (ed.) (1985), *La società post-moderna*, Milán, Angelli.  
 Douglas, M. (1973), *Pureza y peligro*, Madrid, Siglo XXI.  
 Geertz, C. (1990), *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.  
 Guttmann, A. (1978), *From Ritual to Record. The Nature of Modern Sports*, Nueva York, Columbia University Press.  
 Hoberman, J. M. (1988), *Politica e sport*, Bolonia, Il Mulino.  
 Jesi, F. (1977), *La festa*, Turín, Rosenberg e Sellier.  
 Lanternari, V. (1976), *La grande festa*, Bari, Dedalo.  
 Lévi-Strauss, C. (1984), *El pensamiento salvaje*, México, FCE.

- Mauss, M. (1979), *Sociología y Antropología*, Madrid, Tecnos.
- Padiglione, V. (1984), «La festa e il suo opposto: note antropologiche sulla condizione festiva nella società posindustriale», *Idoc*, XV, 6-7:61-68.
- Padiglione, V.; Canevacci, M. y Panunzio, M. (eds.) (1984), *Lo sport tra natura e cultura. La costruzione sociale dell'agressività, della competizione e della solidarietà nello sport*, Nápoles, Guida.
- Turner, V. (1982), *From Ritual to Theatre. The Human Seriousness of Play*, Nueva York, Performing Arts Journal Publications.
- Veblen, T. (1979), «El deporte como conducta depredadora atávica», en Luschen y Weiss (eds.), *op. cit.* [*The Theory of Leisure Class*, 1899].